



La Carta a una maestra de la escuela de Barbiana fue una clara denuncia contra el Magisterio y su producción de maestras y maestros. Los acusó y todavía los avergüenza. Y, sin embargo, también confía en ellos, si deciden ayudar a los últimos a salir a flote

Escuela de Barbiana, Carta a una maestra
(PPC, Madrid 2017, edición especial 50 aniversario)

[A una profesora de Magisterio]

“Querida señora: Usted ni siguiera se acordará de mi nombre. ¡Se ha cargado a tantos!... Yo, en cambio, he pensado muchas veces en usted, en sus compañeros, en esa institución que llamáis escuela, en los chicos que “rechazáis”. Nos echáis al campo y a las fábricas y nos olvidáis. Hace dos años, en 1º de Magisterio, me daba usted miedo (p. 9). Hablaba sin mirarnos. Quien enseña pedagogía en la universidad no necesita mirar a los chicos. Se los sabe de memoria, como nosotros nos sabemos las tablas de multiplicar (13). Que los muchachos odian la escuela y les gusta el juego lo decís vosotros (14).

Un buen sindicato de padres y madres capaz de recordaros que os pagamos notros, y os pagamos para servirnos, no para echarnos a la calle, en el fondo os vendría bien. Quienes no reciben críticas envejecen mal (28).

Se había parado en la Primera Guerra Mundial. Exactamente en el momento en que la escuela podría enlazarse con la vida. Y en todo el año jamás leyó un periódico en clase. Debieron de quedársele grabados en los ojos los carteles fascistas: Aquí no se habla de política (29).

La escuela no tiene más que un problema. Los chicos que pierde. Vuestra *escuela obligatoria* pierde por el camino 462.000 al año. En este plan, los únicos incapaces para la escuela sois vosotros que los perdéis y no volvéis a buscarlos (38). Quien falta tiene el defecto de que no se le ve... Las maestras son como los curas y las putas. Se enamoran enseguida de las criaturas. Si luego las pierden, no tienen tiempo de llorar. El mundo es una familia inmensa. Hay muchas otras criaturas a quien servir (45).

La más furiosa de las maestras decía que nunca había buscado ni tenido noticias sobre las familias de los chicos: “Si un ejercicio está para un 4, yo le doy un 4”. Y no comprendía, la pobrecilla, que se le acusaba precisamente de eso. Porque no hay nada tan injusto como tratar igual a quienes son desiguales (60).

Sois unos educadores bien miserables que ofrecéis 185 días de vacaciones contra 180 de escuela. Cuatro horas de escuela contra doce sin escuela (72). Yo os pagaría a destajo. Un tanto por cada chaval que aprende todas las materias o, mejor, multa por cada chaval que no aprende una. Entonces los ojos se os irían siempre hacia Gianni [desgraciado porque no sabe expresarse; afortunado él, que pertenece al gran mundo. Hermano de toda África, Asia y América Latina. Conocedor desde dentro de las necesidades de la mayoría (114)]. Buscaríais en su mirada distraída la inteligencia que Dios le ha dado (...) No os quedaríais en paz, porque la escuela que pierde a Gianni, no es digna de llamarse escuela (89). Os habéis quedado insatisfechos vosotros y los chicos. Os ha cansado el descontento, no las horas (92).

Para hacer un buen maestro se necesita un Magisterio cerrado, sin salida a nada más. Que en ella se sienta desplazado uno que viene buscando entrar en un banco. Y que se sienta como en su casa el chico de raza campesina que ya eligió (120). [Por fin y] ante todo, he descubierto el insulto preciso para definirlos: sois simplemente unos superficiales. Sois una sociedad de autobombo [italiano: *di mutuo incesamento*], que se sostiene porque sois pocos (150/1).

Ahora estamos aquí, esperando una respuesta. Seguro que en alguna escuela de Magisterio alguien nos escribirá: Queridos chicos: no todos los profesores son como esa señora. No seáis racistas también vosotros... (152)”.

PARABERBER